

INFORMACION ACADEMICA

In memoriam de Miguel Jiménez Sánchez

FERNANDO RÉBORA

Fue en febrero de 1928 cuando conocí a Miguel Jiménez, al inscribirme al primer año de la entonces Escuela de Medicina.

Imperaba en nuestra Escuela la paz octaviana bajo la dirección del Maestro Fernando Ocaranza. Existía orden, disciplina, respeto a los profesores y a la institución, en contraste con épocas posteriores. Durante los seis años de estudios tuve la oportunidad de convivir con Miguel y conocerlo íntimamente.

Miguel Jiménez, que había nacido en octubre de 1909, cursó sus estudios primarios y secundarios en las escuelas "La Perpetua" y "Morelos" respectivamente; posteriormente fue alumno de la Escuela Nacional Preparatoria antes de ingresar en la Escuela Nacional de Medicina, época en la que yo cursaba los estudios correspondientes en la ciudad de Guadalajara.

Venía orlado Miguel de la fama de ser un buen estudiante, y a decir verdad, durante los seis años de estudios profesionales, siempre se distinguió como un alumno excelente, obteniendo al final de cada curso calificaciones sobresalientes.

Con esta trayectoria bien sostenida, llega al final de la carrera y se recibe el 27 de diciembre de 1933. Así, convertido en el doctor Miguel Jiménez Sánchez, continúa su misma trayectoria, cumpliendo su misión como médico, no sólo en forma eficiente, sino brillante.

Es pertinente analizar su actuación en sus actividades académicas, asistenciales, docentes y humanas.

Recién recibido, inicia su especialización como neumólogo al lado del maestro Cosío Villegas, y con tal fin se traslada a Nueva York, donde realiza una residencia de postgrado en el Sea View Hospital, durante seis meses, en el año de 1938. El siguiente año lo encontramos de residente en el Instituto Carlo Forlanini de Roma, donde permanece siete meses, lo que complementa con una estancia de tres meses en el Hospital Lænnec de la ciudad de París.

Constituida la Sociedad Mexicana de Estudios sobre Tuberculosis, de la que junto con algunos de nosotros fue miembro fundador, se convierte en presidente de la misma durante el bienio 1943-1945. Durante su gestión como presidente de la Sociedad, se realiza el Primer Congreso de Tuberculosis y Silicosis; a partir de entonces vienen sucediéndose estos congresos con toda regularidad cada dos años.

Es admitido en esta docta Academia Nacional de Medicina el año de 1945. Funge como secretario de ella de 1961 a 1963 y como presidente de la misma el año de 1965. Por cierto que durante su gestión como presidente de la corporación se inician las actividades culturales en las diversas entidades federativas del país, que aún están en vigor.

Fue miembro correspondiente extranjero de las Academias de Medicina de París, Roma y Buenos Aires. Miembro honorario de las sociedades de fisiología cubana, ecuatoriana, brasileña, chilena, argentina y española. Recibió la medalla de oro del Instituto

Carlo Forlanini de Roma en 1965 por la labor científica desarrollada, así como medalla de plata otorgada por la Academia de Medicina de París en 1973.

Fue presidente de la Unión Internacional de la Tuberculosis a partir del año de 1973 y presidente de la Unión Latino-Americana de Sociedades contra la Tuberculosis, (U.L.A.S.T.). Tuvo otros muchos cargos honoríficos que no menciono para no hacer más larga esta enumeración.

Si su actividad académica fue tan brillante, no menos relevante fue su actuación asistencial. Inicia su especialidad neumológica como médico adscrito del pabellón 26 del Hospital General, durante los años 1934-1935. Una vez inaugurado el Sanatorio de Huipulco en el año de 1936, ingresa a éste como médico adscrito y en 1941 se convierte en jefe de servicio de un pabellón de este hospital, cargo que conserva hasta noviembre de 1966, en que llega a ser el cuarto director de este nosocomio, hasta enero de 1977.

Durante su ejercicio como director logra restituir la planta física del establecimiento y además obtiene del entonces Secretario de Salubridad y Asistencia, doctor Jorge Jiménez Cantú, la transformación del Sanatorio de Huipulco en el actual Instituto Nacional de Enfermedades Pulmonares.

Ocupó también el cargo de director del Hospital para Tuberculosos Avanzados de Tlalplan, de 1943 a 1948. Fue jefe de la Campaña Nacional de la Tuberculosis y director general del Comité de Lucha contra la Tuberculosis de 1948 a 1952. En el desempeño de este cargo fundó el laboratorio para la producción de la vacuna B.C.G. y la Oficina de Control Clínico de dicha vacuna, paso de gran trascendencia en la lucha contra la tuberculosis.

En cuanto a sus actividades docentes, las inicia durante los años de 1934 a 1935, como médico adscrito de clínica. En 1935 funge ya como profesor titular de clínica del aparato respiratorio, cargo que desempeñará hasta 1976. Fue profesor en jefe del curso de Especialización en Neumología Médico-Quirúrgica de la División de Estudios Superiores de la Facultad de Medicina, desde 1968; y profesor de los cursos de postgraduados que se organizan periódicamente en el Sanatorio de Huipulco, así como en los patrocinados por el Comité de Lucha contra la Tuberculosis.

Pero además de este historial, reflejo de su tesón y grandes dotes, tanto médicas como administrativas, una parte importante de su personalidad la constituye su carácter. Gente jovial y no conflictiva, tuvo siempre ese don especial que le permitió hacer buenos amigos y excelentes relaciones.

En una convivencia de casi 50 años, creí conocer bien a Miguel, pero hay otra característica de su personalidad en la que nunca reparé sino hasta el final de su vida. Me refiero a su estoicismo. Conocedor en forma cabal del mal que lo aquejó al final, sabedor de que éste no tenía remedio y que su fin estaba próximo, no confía a nadie su pena, prosigue su actividad mé-

dica como director de su querido Huipulco, no interrumpe su consulta y, finalmente, cuando considera que el fin se aproxima, se retira unas semanas antes para entregar su último tributo a la tierra.

Y así, el 22 de abril de 1977 termina la brillante trayectoria del segundo doctor Miguel Jiménez en la historia de la medicina mexicana y en la de esta Academia Nacional de Medicina.

Oración fúnebre por Gustavo Argil

CARLOS VÉJAR LACAWE

Querido Maestro:

Parece que estás aquí, me miran a través de los espejuelos tus ojos que inquietan con curiosidad lo que voy a decir. Tu sonrisa grata me estimula y sabemos los dos que quedaremos contentos después de estas palabras.

Una de las más hermosas virtudes que el hombre puede tener es la gratitud. Más elevada aun cuando la muerte llega. La virtud de recordar una vida fiel y productiva enaltece a la par al hombre que la recuerda y al desaparecido. Por eso tu, mi buen maestro, gozaste en vida este momento, tuviste la seguridad que ya muerto tu institución no te olvidaría. Porque esta Academia tiene el escudo de oro de la gratitud. Bastaría la contemplación de la galería de expresidentes desaparecidos para confirmarlo. Todo el que los conoció los recuerda con cariño y a menudo con veneración.

Don Gustavo Argil, muchacho recio y empeñoso, todavía como estudiante funda en el año de 1920 la *Revista Medicina*, porque ama su carrera, ama a sus compañeros y ama su escuela. Nadie podía sospechar que esa modesta revista iba a tener un tiempo de vida que desbordaría el medio siglo, iba a estar inscrita en los índices internacionales de publicaciones más serios del mundo.

Ya recibido piensa en su carrera hospitalaria, en seguir por la senda del estudio, de la convivencia de hospital. Mantener al lado de su ejercicio profesional, otro ejercicio de tipo científico, que le permita ser un médico preparado en las disciplinas de la ciencia y del arte de nuestra bendita profesión.

Con gran apego toma, bajo el patrocinio del maestro Aquilino Villanueva, un lugar en el laboratorio de pruebas funcionales del servicio de vías urinarias superiores, empeñándose en conocer la cara médica de esa especialidad. En verdad no había nefrólogos en ese tiempo, y resulta ser el primero y contar poco después con discípulos que vendrían a llenar el hueco de esa especialidad.

Comienza a publicar trabajos, a interesarse por todo lo que se hacía en el extranjero a ese respecto; el intercambio de su revista le sirve para asomarse al campo internacional de las enfermedades del riñón, y por fin,

ya maduro, después de muchos años, forja su libro *Patología Renal*, que había de alumbrar la mente de muchos estudiosos en esa especialidad.

Contrae matrimonio con Fanny Aguilar, médica también y se ensancha así su visión humana. Su vida familiar y social se equilibra con el nacimiento de los hijos; la familia se forma y se desarrolla, ya no está uno aislado en la vida. Creyentes y no creyentes saben que este es el camino recto del hombre de bien.

En lo profesional su prestigio se extiende. Maestro de la Facultad dicta con brillantez su cátedra, ya en España fue invitado para redactar en el *Tratado Ibero-Americano de Medicina Interna* el capítulo correspondiente a la patología del aparato urinario. En su *Revista médica* vieron la luz muchos artículos y también reseñas de libros. Tuve el privilegio que alguno de mis libros recibiera la amable atención de su comentario. Ingresó a varias sociedades científicas y tuvo el rango de académico. En compañía de varios colegas funda la Sociedad de Medicina Interna.

En lo docente llega a ser director de su querida Escuela Nacional de Medicina, y viaja a varios países para estudiar el funcionamiento de las mismas y aplicar, adaptándolos a nuestro ambiente, muchos de los adelantos que ahí constatará. Poco antes de morir recibió a una comisión de la Asociación Mexicana de Médicos Escritores, que le entregó un diploma como reconocimiento por su labor como precursor y promotor de las letras médicas mexicanas.

Es imposible reseñar su labor completa en los puestos que ocupó. Fue su vida larga llena de muchas distinciones; su tenacidad en el trabajo y su perseverancia le valieron la confianza de altos funcionarios. Mencionaré solamente que en la Secretaría de Salubridad y Asistencia ocupó varios puestos antes de ser nombrado por el Presidente de la República Oficial Mayor y posteriormente, Subsecretario del ramo. Ahí como en todas partes, se empeñó en dar sus mejores frutos.

Garza Toba dice de él: "Hombre convencido de vivir para un ideal. Su exquisita sensibilidad artística y científica se aunaban a su modestia y dignidad. Sus "grandes aventuras" las pasó en su consultorio, en su hospital, en su laboratorio".

Y ahora vuelvo al principio. Don Gustavo Argil, me parece que estás aquí. Recibe de todos nosotros el abrazo fraterno y la seguridad de que no te has muerto en nuestras mentes, ya que lo agudo del recuerdo, hará que tu vivas tanto como vivan nuestras transitorias personalidades.

In memoriam de Jorge Millán Gutiérrez

OSWALDO ARIAS CAPETILLO

Evocaré a un distinguido académico, al hacer el elogio

de su carrera médica, de su personalidad y de sus contribuciones a la dermatología mexicana.

El doctor Jorge Millán Gutiérrez nació en Bogotá, Colombia, en 1907. Cursó en esa antigua ciudad del Departamento de Cundinamarca la enseñanza primaria y el bachillerato y los estudios de medicina en Lieja, Bélgica, de 1929 a 1935. Terminó la carrera con mención honorífica.

Se inició en la medicina tropical y en la dermatología en el Hospital de Baviera, en Lieja y en el Instituto Príncipe Leopoldo en Amberes. Estuvo posteriormente en los hospitales de París.

Se casó en 1936 en Lieja, con María Luisa Salas Loyens, distinguida joven, hija de padre mexicano y madre belga. La pareja decidió radicarse en nuestro país, donde Jorge Millán revalidaría sus estudios en 1937, en la Universidad de Nuevo León. Vino a la capital de la República en 1938 y durante ese año, el 39 y el 40, concurrió a los dispensarios 1 y 2 del Departamento de Salubridad, a la consulta del coronel médico cirujano Vicente Ramírez, dermatólogo de gran experiencia y sagacidad clínicas.

De 1941 a 42 fue ayudante adjunto de las cátedras de dermatología y sifilografía de los profesores Vicente Ramírez y Fernando Latapi y de la del profesor González Ochoa en 1955-56. En 1957 fue designado profesor titular de dermatología de la Escuela Nacional de Medicina.

Se distinguió como ágil conferenciante y expositor clínico en la Sociedad Mexicana de Dermatología (fundada en 1936) y en la Academia Mexicana de Dermatología (creada en 1952); en los cursos para graduados de gastroenterología y endocrinología del Hospital de Enfermedades de la Nutrición, institución en que fue jefe del servicio de dermatología.

A lo largo de su vida pronunció conferencias en El Salvador, Costa Rica, Panamá, Colombia, Brasil y Argentina. Fue Presidente de la Sociedad Mexicana de Dermatología en 1942 y de la Academia Mexicana de Dermatología en 1964 y miembro correspondiente de varias sociedades de dermatología, entre ellas, la colombiana. A la ilustre Academia Nacional de Medicina ingresó en 1957. En ese año optó por la ciudadanía mexicana.

Sus trabajos científicos fueron publicados en la *Prensa Médica Mexicana*; en la *Revista Médica del Hospital General*; en la *Revista de Investigación Clínica del Hospital de Enfermedades de la Nutrición*; en el *Libro-Homenaje al Dr. Salvador Zubirán*; en la *Revista del Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales*; en la *Revista Médica de Gustavo Argil* y en *GACETA MÉDICA DE MÉXICO*, órgano de la Academia Nacional de Medicina.

Destacan, dentro de sus contribuciones, las tituladas *Dermatitis pigmentada calórica ocupacional*, (1948), quizás su trabajo más original, en el que puntualizó la dermatitis de las tortilleras; *Alteraciones dermatológicas en la desnutrición* (1958); *Existencia*

en México de la melanosis de Riehl, trabajo realizado con Salazar Mallén y Manuel Martínez Báez; Dermatitis e hígado, con Pedro Lavalle; Dermatitis y gastroenterología con Hernán Quijano; El problema de las infecciones en el Hospital de Enfermedades de la Nutrición con José Ruiloba; Resultados de los corticoesteroides en dermatología, con Pensado de la Cruz; Acné juvenil, con Pensado de la Cruz y Rafael G. Galván; Errores frecuentes en la práctica dermatológica, con Larry Wachnowetzky y Las porfirinas y su papel etiopatogénico en las actinodermatitis con R. Martínez y K. Nivon.

Conocí a Jorge Millán en 1938, en el seno de la Sociedad Mexicana de Dermatología y en las actividades de nuestra especialización. Seguimos carreras paralelas, unidos en una grata y cordial amistad; profesores en los cursos de dermatología, asistentes a las sesiones clínicas, a las doctrinarias. Me invitó muchas veces a discutir casos al Hospital de Enfermedades de la Nutrición, entonces anexo al Hospital General, institución en que se forjaron excelentes internistas y cirujanos que han dado prestancia a la medicina mexicana, bajo la autoridad científica y el carácter laborioso de Salvador Zubirán y el espíritu de organización y la perspicacia de Bernardo Sepúlveda.

En 1952 hice ver a Jorge Millán la necesidad de formar un nuevo grupo de trabajo, en el que una tendencia científica, liberal y fraterna privara por encima de todo. Cuando le invité a separarnos de la Sociedad Mexicana de Dermatología, de la que habíamos sido presidentes, para formar la Academia Mexicana de Dermatología, lo aceptó de inmediato, con entusiasmo y decisión. Desde 1952 hasta noviembre de 1977, fecha en que le perdimos para siempre —acababa de pasar el Congreso Internacional de Dermatología en México— Jorge Millán Gutiérrez fue uno de los pilares de esa Academia.

Destacó entre nosotros desde un principio, por su personalidad, su inteligencia, su ironía —escalpelo de incisión tan fina que no alcanzaba a producir herida—, su pulcritud, su elegancia en el vestir, diferente, a la europea: había vivido casi dos lustros en países de habla francesa.

Nos impresionó su pasión por la medicina, en especial por la dermatología; su espíritu de curiosidad y su inquietud por el trabajo y el estudio: pasaba varias horas al día en la hemeroteca del Instituto Nacional de la Nutrición, consultando revistas de medicina interna y de nuestra especialidad. Nos impresionó, sobre todo, por su cultura general. El se salvaba, indudablemente, de ser herido por aquel dardo, certero y veraz, que lanzó Letamendi: “el médico que sólo sabe medicina, ni medicina sabe”.

Su forma de actuar, su conversación insinuante, su euforia, su dinámica de vivir, le captaron entrañables amigos, yo entre ellos. Señero, “hombre claro, rico de aventura”, amaba la vida social, la poesía, la música. En las reuniones íntimas le gustaba tocar la guitarra

y cantar bambucos colombianos y yucatecos, inefables por su lirismo y su armonía. Amó la belleza en sus múltiples expresiones y sobre todo, amó la hermosura femenil. De él podría decir, siguiendo a García Lorca— lo que el granadino mágico escribió al llorar a su amigo Sánchez Mejías:

Aire de Roma andaluza
le doraba la cabeza
donde su risa era un nardo
de sal y de inteligencia.
¡Qué tierno con el rocío!
¡Qué deslumbrante en la feria!
¡Qué tremendo con las últimas
banderillas de tiniebla!

No sé si era más colombiano que mexicano o más mexicano que colombiano. Aunque sus raíces surgieron en la capital de la gran Colombia que soñó Bolívar, su vida floreció en este valle nuestro de las culturas milenarias. Lo más fecundo de su afán, de su pensamiento, de sus realizaciones, lo entregó a México.

En la medicina, él nos ha dejado el mismo mensaje de ideal y de cultura que otros colombianos que vivieron en México nos legaron: Porfirio Barba Jacob y Germán García Pardo en la poesía y el escultor Rómulo Roza en la plástica.

Imposible resumir y hacer el elogio, en unas cuantas páginas, de toda una vida que supo ser esfuerzo y proyección, entusiasmo y espíritu de curiosidad y un largo empeño de superación y de estudio.

A través de sus labios, un día, en una charla que tuvimos hace ya muchos años, le escuché el mensaje de uno de sus maestros, el profesor francés Pierre Abrami, mensaje que él siguió y que no deben desconocer las generaciones médicas actuales y futuras: “La ignorancia hace la ciencia: porque ella despierta el espíritu de curiosidad y estimula el trabajo para vencerla”.

Jorge Millán nos ha dejado, a los que fueron sus discípulos y a quienes fuimos sus amigos y le apreciamos, ejemplos singulares de jerarquía humana: su gentileza y su inquietud, su empeño y su cultura, su espíritu de curiosidad y afán de triunfo.

Hasta la última mañana de su vida, un singular estímulo le llevó a trabajar y a superarse en la medicina interna y la dermatología.

In memoriam

Al doctor Manuel Mateos Fournier

LUIS CASTELAZO AYALA

Quien llega a penetrar a las entrañas de la medicina desde que la va conociendo, primero en sus estudios universitarios y después en vivencias constantes al lado del necesitado, queda por siempre aprisionado en la fascinación de su ejercicio y vuelca su talento, sus

energías, su cabal entrega y su vida, en aras del bienestar de los demás. Manuel Mateos Fournier entendió pronto que la medicina como ciencia, como arte, como vector de salud y elevación de la vida, como sustento de progreso, cultura y desarrollo social de los individuos y de las colectividades y como actividad de servicio, es una profesión subyugante que, al tiempo que exige y sujeta al profesante, constituye para él un veneno inagotable de satisfacciones. Su personalidad como médico, impresionantemente vigorosa, se dejó ver siempre en todos sus actos, aún en aquellos que no tenían relación directa con la salud y el bienestar de nadie. Todos sus pensamientos y acciones en el campo de lo intelectual y lo emocional, llevarían en su vida el matiz indeleble del espíritu médico —humanismo, ciencia, disciplina, estudio, interés social, entrega, servicio, fidelidad a sus convicciones— cualesquiera que fueran las variantes de actividades profesional y humana que lo condujeran por la vida.

Nació el 16 de marzo de 1904. Quizá la reciedumbre de su carácter le derivaba en parte de la sangre: su abuelo, magistrado de la Suprema Corte de Justicia en tiempos de Madero, le renuncia a Victoriano Huerta y su padre, abogado, muere arteralmente asesinado en lucha por su causa libertaria del régimen traidor. Pero él mismo, de niño y de joven, muestra excelencias de formación en el Liceo Fournier, en donde fue becado.

El trabajo de su madre y las clases que daba como profesor de educación física le permitieron sostener su carrera, que realizó de 1920 a 1926 en la Escuela de Medicina de la Universidad Nacional. Sus inquietudes de superación y sus atributos de líder se revelan temprano, si se considera que al tiempo que en diversos años de la carrera se le otorgan distinciones por sus estudios, ocupa el cargo de presidente de la Sociedad de Alumnos en el periodo 1924-1925. Desde ahí se percibe una característica que habría de acompañarlo en el futuro: la búsqueda de lo sobresaliente, la inquietud de ser mejor, el anhelo de no quedarse al ras de lo simplemente bueno.

Su formación inicial fue fundamentalmente en cirugía general, trabajando con intensidad en diversos servicios en los Hospitales Morelos y en el Puesto Central de Socorros de la Cruz Verde, pero sobre todo en el hospital Juárez, en donde puso en práctica sus mejores habilidades y destrezas y alcanzó la plena madurez y reconocimiento relevante en actividades científicas, asistenciales y docentes.

Pronto sus inclinaciones vocacionales lo fueron haciendo penetrar con interés especialmente selectivo al campo de la ginecología y obstetricia. Así lo muestra su actividad docente dentro de la Escuela Nacional de Medicina, en donde fue primero profesor de Clínica Quirúrgica (1930-1934) y después profesor de Obstetricia (1934-1947), habiendo sido profesor de la Escuela de Graduados de la U.N.A.M. de 1948 a 1966.

Como docente fue siempre estudioso y responsable. Su exposición era fluida y vivaz y sus demostraciones

clínicas, de extraordinaria habilidad, eran mostradas como sencillas, sin el menor asomo de engolamiento, jactancia o superioridad. Su criterio docente era abierto a la discusión pública con sus ayudantes y alumnos; era polémico y gustaba de sembrar inquietudes entre compañeros y alumnos en tratándose de hipótesis cuya confirmación no era universal. Fue un vigoroso impulsor de las técnicas que ahora se llamarían de enseñanza-aprendizaje y, a través de sus 36 años de catedrático formal y de la multitud de cursos breves que impartió o en los que fue participante, dejó una pléyade de generaciones de alumnos y seguidores que lo admirarán siempre.

Manuel Mateos Fournier tenía en todo momento a flor de labios la verdad —su verdad— y era inflexible, aunque razonable, en su defensa. Solo perdía a las últimas. De ahí su resistencia a ocupar puestos públicos que consideraba “políticos” en la acepción local del término. No obstante, amén de otros cargos públicos en diferentes dependencias, aceptó desempeñar en dos ocasiones el puesto de Director General de Asistencia Materno-Infantil en la Secretaría de Salubridad y Asistencia (1960-61 y 1965-68), llamado por su afán de servir al sector más necesitado y numeroso de la población del país. Con perspectiva visionaria, percibió mucho tiempo antes que otros colegas y otras figuras de las ciencias sociales, el problema demográfico de México; divulgó sus inquietudes en trabajos científicos y fue director médico primero (1965-69) y consejero médico después (1970-78) de la Fundación para Estudios de la Población A.C. que fue de las primeras organizaciones en operar sobre el tema de planificación familiar. Fue también presidente del Comité Médico Regional de la Federación Internacional de Planeación Familiar.

Comprendió siempre que el estudio permanente es inseparable del deber médico cotidiano y como algunos de los distinguidos de aquellas épocas de los treinta, se prendió de la lectura, la observación y los demás medios de aprender estudiando y luchó por vivir científicamente actualizado, hasta su muerte. Comprendió también que los agrupamientos de científicos en corporaciones se prestaban para adquirir conocimientos y transmitir los propios. De ahí su participación compulsiva en las numerosas sociedades científicas de las que fue socio y en los eventos de interrelación y divulgación organizados por ellas.

Fue fundador de cinco corporaciones médicas, socio activo de nueve nacionales, 14 internacionales o de otros países y honorario de cinco extranjeras y 1 nacional. Destacan: Academia Nacional de Medicina (ingreso 14 de enero de 1942); Academia Mexicana de Cirugía; Asociación Mexicana de Ginecología y Obstetricia; Hospital American British Cowdray; sociedades de esta misma especialidad en Cuba, Venezuela, Uruguay; International College of Surgeons; American College of Obstetricians and Gynecologists e International Fertility Association. De varias de ellas fue

miembro honorario o presidente.

Participó y concurrió a más de 150 eventos científicos en México y en el extranjero. Fue presidente de la IV Asamblea Nacional de Cirujanos (1942) y del II Congreso Mexicano de Ginecología y Obstetricia, pero además fue presidente o miembro honorario de más de treinta de esos eventos. Tuvo una bien ganada reputación mundial.

Publicó en revistas médico científicas más de cien trabajos, desde 1924 hasta 1973, referentes la mayoría a técnicas quirúrgicas en ginecología, técnicas y maniobras obstétricas, patología gineco obstétrica no quirúrgica, esterilidad e infertilidad, promoción de la enseñanza e investigación, demografía, aborto como problema social, anticoncepción y planificación familiar. La GACETA MÉDICA DE MÉXICO ha recogido en sus páginas una buena parte de esta excelente producción, de la que todavía queda mucho por aprender a los médicos del presente y del futuro.

La Academia Nacional de Medicina rinde ahora un tributo de reconocimiento, admiración y respeto al médico que lo fue durante 51 años, al maestro que lo fue durante toda su vida médica y al académico que lo fue durante 36 años. Tan sólo una palabra más de reverencia a quien supo conjuntar tantos atributos y a quien vivió tan agudamente su espíritu y su trabajo como médico. Desde que se distinguió entre los promotores vigorosos de la analgesia y anestesia obstétricas, de la asepsia-antisepsia en el parto, equiparándolo en tal sentido a un acto quirúrgico, de la atención hospitalaria del parto para arrancarlo de su primitivismo funesto... hasta el día de su muerte, el 24 de abril

de 1978, deja una estela de criterios y acciones que han de servirnos de ejemplo de virtud y de entrega al bien de los semejantes. Murió en su hospital al que tanto quiso y por cuyos avances luchó: el American British Cowdray, pero no murió como enfermo... murió trabajando en él. Su última paciente operada fue dada de alta dos días después del sorpresivo deceso de su médico.

No podría terminar sin hacer mención de quien fue la figura central de su vida, la compañera de su andar que lo fue en todo momento, el amor que sólo fue compartido con el de la ciencia y el de la humanidad: la señora doña María Luisa Cándano de Mateos. Dentro de sus innumerables virtudes permítaseme mencionar la inigualable sabiduría para poder comprender su vida dentro de la de su esposo y constituir así la mayor inspiración que él siempre tuvo.

Homenaje al doctor Miguel Jiménez en Bélgica

La Academia Nacional de Medicina comunica a sus miembros su satisfacción por el merecido homenaje que fue objeto el doctor Miguel Jiménez en el curso de la XXIV Conferencia Mundial de la Unión Internacional contra la Tuberculosis, que tuvo lugar en la ciudad de Bruselas el 9 de septiembre de 1978.

El doctor Jiménez fue Secretario General de la Academia de 1961 a 1963; Vicepresidente en 1964 y Presidente en 1965.